

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS SÁBADOS
Redacción y Administración,
ALBERTO AGUILERA, 52.
NÚMERO SUELTO: 20 CTS.

El Motín

FUNDADO EN EL AÑO 1884

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: Trimes. 3 pts; Sem: 6, Año. 10
Provincias, Trimes. 3; Sem: 6; Año. 12
Ultramar y Extranjero: Año. 20

PAGO ADELANTADO

Corresponsales: 25 números 3 pts

Año XLV.

Madrid, Sábado 20 de Junio de 1925.

Número 25.

DE JUEVES A JUEVES

Painlevé, Presidente del Consejo francés, ha hecho en aeroplano un viaje á Marruecos. Por declaraciones hechas á periodistas, se sabe que, á juicio suyo, Abd-el Krim tiene fuerzas respetables por su número, pero sobre todo por su habilidad y arrojo; y que á su lado luchan individuos rusos, alemanes, turcos y de otras nacionalidades; aventureros que pelean por el botín.

Painlevé ha aprovechado toda oportunidad para proclamar la necesidad de una inteligencia entre Francia y España para imponer la paz en Marruecos.

En la zona francesa parece que está contenido el avance, aunque subsiste la presión. En la zona española, atacó el enemigo al final de la semana pasada en el macizo de Gorgues y aunque se le contuvo, nos hizo «medio centenar de bajas (del parte oficial) de ellas doce europeas.

Para el jueves, día en que cierra este número, está previsto el principio de la conferencia hispano-francesa para convenir una acción combinada en Marruecos.

Según noticias que en la Prensa se han publicado, se tratará en la conferencia muy principalmente del bloque de la costa marroquí para impedir el contrabando y el avitallamiento de las cabillas rebeldes, y quizás se acuerde que los barcos franceses que colaboren con nosotros puedan refugiarse en los puertos de soberanía y aun en los de la Península, á cambio, naturalmente, de que nuestros barcos puedan entrar en los puertos de la zona francesa.

LA CUESTION RELIGIOSA

El retablo de "maese" Ignacio

ACREEDORES Y HEREDEROS DE DON JUAN RON.-MALABARISMOS. RECIOS CONTRASTES

Pues, señor...

Un mal día, el opulento pobre don Juan Ron y Alvarez, propietario, gran accionista, uno de los hombres de ne-

gocios más conocidos de Madrid y al mis no tiempo humilde lego de la Compañía de Jesús y santificado con voto solemne de pobreza, necesitó pesetas; y no crean ustedes que en gran cantidad, no señor; se ahogaba don Juan Ron por la cantidad precisa de 774.375 pesetas; ni una más ni una menos.

Y el bienaventurado señor, que poseía una gran millonada en fincas, valores y monetario, según veremos, no acudió al Banco Hipotecario. por ejemplo, ni á su gran amigo don Estanislao Urquijo y Ussía, el conocido banquero, con quien hacía sendos negocios por mitad y pro indiviso, según rezan las escrituras y veremos también; no, señores. Tuvo una idea maravillosa que sólo pudo salir de la cabeza de los jesuitas. Les pidió don Juan Ron esas pesetas á dos pobres señores que les tenían lo mismo que yo: don Félix Eguiguren y Aspiazú y don Martín José Lasarte y Eraso, personajes que ya conoce el lector como hermanos de hábito de don Juan Ron.

¿Necesitaba don Juan Ron esas pesetas? ¿Se las dieron esos señores que no las tenían? El sentido moral nos dice que no. Pero era necesario preparar la transferencia de los bienes de don Juan Ron (!), soltero y sin herederos forzosos, para el caso de muerte. Debía seguir el engaño á la ley y al público, y así fué.

Murió don Juan Ron y Alvarez en Málaga, como saben los lectores. Dios le haya perdonado. Dejó por herederos y albaceas testamentarios á don Sebastián Zabaleta y Eguiburu y á don José María Barquero y Pacheco, otros dos buenos legos de la Compañía de Jesús, también conocidos del lector.

Lo que te voy á contar ocurrió bajo el viejo régimen.

Vino la adjudicación de la herencia; los acreedores (!) Eguiguren y Lasarte se plantaron y reclamaron el reembolso de su crédito. Los herederos y albaceas supieron representar la comedia maravillosamente: primero era preciso cumplir las deudas sagradas de justicia, había que pagar á los acreedores, aunque se quedaran ellos sin una peseta y en la mayor pobreza, como, efectivamente, se quedaron. Si los cuantiosos bienes de don Juan Ron hubiesen pasado á sus herederos testamentarios, se hubiera llevado la Hacienda un veinticinco por ciento; siendo transferidos por título de deuda, no se llevó la Hacienda más que el cuatro por ciento...

Así, todo quedó en casa, mas el veinticuero por ciento que correspondía á la Hacienda...

Pero es el caso, asombrado lector, que la gran fortuna de don Juan Ron y Alvarez se esfumó en el acto de la adjudicación de sus bienes después de su muerte, porque toda ella vino á convertirse en 774.375 pesetas, ni una más ni una menos. ¿Te acuerdas de haber leído esa suma, lector querido?

Y así todas las fincas de don Juan Ron y Alvarez, consternadas por la muerte de su señor, se encanijaron de tal manera, que pasaron á sus acreedores convertidas en una bicoca, como un gran solar del Corralillo, que valía 41.455,25 pesetas y que se adjudicó á los acreedores en 500 pesetas. Y así por el estilo...

De manera que si suponemos, por ejemplo, que los bienes reales que transfirió á su muerte don Juan Ron valían veinte millones de pesetas, y que debían pagar á la Hacienda cinco millones, por tributar el heredero voluntario el veinticinco por ciento, al pagar el cuatro por ciento de 774.375 pesetas, por ser transferidos por deuda, no rindieron á la Hacienda sino 30.975 pesetas; es decir, que le defraudaron 4.969.025 pesetas en beneficio del verdadero propietario que maneja todo ese retablo de maese Ignacio...

Todo eso lo conocerá al dedillo el notario autorizante don Tomás Calle Ugena...

Engañarán á la ley; pero no engañan al sentido moral; la legalidad muerta la han cumplido esos ignacianos; pero se han burlado de la ley viva.

He ahí á unos rígidos puritanos que lanzan á los obispos á excomulgar sin tino, convertidos en matuteros y defraudadores de la Hacienda pública.

Los predicadores de la obediencia ciega no tienen derecho á desobedecer clínicamente á la ley civil, tan sagrada y tan obligatoria como la eclesiástica. Los que profesan perfección evangélica no pueden quebrantar tan descaradamente el octavo mandamiento de la ley de Dios y mentir solemnemente por instrumento público y por escritura notarial.

Yo, modesto ciudadano, que me he jugado la última carta en el problema del resurgimiento espiritual de España, me limito á pedir una revisión de los bienes de los jesuitas.

J. TORRUBIANO RIPOLL

(De El Liberal de Madrid.)

¡Pobres presbíteros!

¡Cómo están esos pueblos! Casi tan echados á perder como las ciudades. Ya nadie tiene en ellos creencias religiosas, ni respeto á los ministros del Señor, ni una peseta, que es lo más triste.

En Torremocha, provincia de Teruel; vive un respetable párroco, modelo de virtudes cívicas y canónicas.

Como los sacerdotes comen y visten cual los simples mortales, y, por lo tanto, necesitan quien les guise la comida, les cosa la ropa y les las planche las camisas, no es de extrañar que éste tuviera á su servicio una joven, buena cristiana y tan virtuosa como él. Y no obstante, comenzaron á murmurar los vecinos, diciendo que si esto, que si lo otro, que si por arriba, por abajo, por en medio... en fin, esas calumnias que suelen levantar á los sacerdotes y sus sirvientes.

La de dicho párroco tuvo precisión allá por Septiembre de ir á la capital á evacuar una comisión, por serle imposible á su señor hacerlo, y entonces fué el murmurar de firme y el formar juicios temerarios, y aquello de ¿dónde va el ama?, ¿qué tiene el ama?, ¿qué lleva el ama?, y otras mil cosas que después de todo á ella y no á ellos interesaban.

Cuando regresó en Enero para ocupar de nuevo su puesto cerca del párroco era de noche, pero la divisaron con los ojos de la malignidad.

Ni una raposa alborota tanto un gallinero como ella alborotó al pueblo con su llegada. Parecía que todos los certeros del reino de Aragón se habían puesto espontáneamente en movimiento, así como descolgado todas las sartenes del contorno por sí solas para asociarse á la serenata.

Entre la bulla y la algarazara, algunos herejes que Dios confunda quemaban albardas viejas que llenaban las calles de humo. ¡El del infierno deberían respirar ya los malditos!

Para colmo de escarnio, un vecino, de oficio... ¿cómo lo diré para no ofender los castos oídos de alguna sobrina de cura?, en fin, un vecino que se dedica á circuncidar cerdos para que engorden, se presentó tocando el pito ó chifla con que anuncia su profesión, y esto redobló la zambra; hubo quien pedía á voz en grito que el citado sujeto prestase sus servicios al párroco.

Toda la noche duró el jolgorio, y en toda ella no dió señales de vida el padre de almas.

¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos!, exclamaría él mordiéndose los puños con santa resignación. ¿Quién diría que estas son aldeas cristianas? ¿Dónde están aquellos labriegos sencillos de antaño?

No me extrañaría que ahora anatematizase desde el púlpito al maldito progreso que pervierte hasta las rústi-

cas chozas; que al oír silbar una locomotora renegase de ella, primero por lo que simboliza, y segundo porque le asaltara el recuerdo de aquel pito malhadado que tales palabras y tales peticiones horribles provocó aquella infausta noche.

1889

JOSE NAKENS

La Casa Editorial B. Bauzá, acaba de publicar un libro de Angel Samblancat, titulado *Jesús atado á la columna*.

Como tardarán bastante en leerme lo y quiero dar pronto noticia de su aparición, he creído que lo mejor es copiar el prólogo (*Pórtico* le llama el autor) que le ha puesto, pues dará idea de su contenido con más precisión que lo haría yo después que me lo le yesen.

Dice así:

"Jesús atado á la columna"

«Lector dilectísimo:

A la caridad de tu corazón y á la comprensión de tu inteligencia encomiendo esta criatura espiritual, que hoy, lleno de emoción, pongo en tus manos amigas.

No sé si á ti te parecerá un engendro ruin, un aborto monstruoso, un feto miserable, un fruto crudo, verde, ácido, no logrado, no llegado á madurez y sazón, testimonio vivo de mi impotencia y del escualor y ahilamiento del árbol padre, del tronco genitor.

De cualquier manera, quiero decir, por desdén que te inspire este parto de mi ingenio, este racimo de uvas rubicundas que yo te ofrezco, acógelo en tu seno, guárdalo, que la peregrinación es muy larga, el arrenal sin fin, y sólo Dios sabe con qué inmundas aguas habrá de regar tus fauces ardidas, escocidas cuando te calcine la sed.

Sobre todo, no lo tires á los canes, no lo pises. Ten respeto á la sangre humana que mancha este papel; á la carne viva, al puñado de entrañas palpitantes que aquí humean; al coágulo tembloroso, al átomo de simiente prolífica que yo he depositado en este surco.

Ten en cuenta que por deforme y absurdo y disparatado que sea este moroso, este moro, es mi hijo, y yo forzosamente he de quererle.

Si tú fueras su padre y lo miraras con mis ojos enamorados, con mis ojos ciegos de cariño, lo verías como yo. Sus escrófulas te parecerían amatistas, lirios del valle florecidos, trasplantados á su cuello. Sus jorobas no las considerarías defectos, sino que diputarías singular defecto y extraña irregularidad el no tenerlas.

En gracia, pues, á la delirante pasión con que yo miro á este pedazo de

mí mismo, al frenético amor con que lo he generado, sé tú también generoso con él, ábrele los brazos amantes, estréchalo contra tu pecho, como un cacho vivo, que es, de nuestra común carne humana.

Considéralo un poco como obra tuya tenida en mí, habida de nuestras efusiones placenteras, nacida de la fecundación con que tus acciones han hecho vibrar mi pensamiento.

Perdónale todas sus faltas y todas sus sobras también. Donde suba demasiado la línea, por donde baje y se deprima excesivamente y se relaje y carezca de vigor. Donde el músculo y los tejidos se amontonen, por donde se estrien y formen cárcava y se declaren en franca fuga, en abierta deserción y rebelión.

Exento de vicios, chepas, abolladuras, disonancias y discrepancias no está. Pero también tiene alguna gracia. No ha venido al mundo tan desengalanado, que no lo haya tocado con la punta de un ala el santo de mi nombre.

Acógelo, en suma, bien. Mójalo, báñalo, sumérgelo hasta el pelo en la onda de tu sonrisa y de tu simpatía. Hazle una caricia viril. Dale aunque sea un capirotezo, y dile, benévolo y patrocinador, como me decía á mí un tío clérigo, muy ducho en letras sagradas:

—¡Hola, capiscol! Tienes la misma cara de pijo de tu padre.

Este libro es ó contiene una punta de cosas vividas y soñadas.

Lo soñado es tan real, que parece vivido. Lo vivido es á trechos tan brutal, que parece soñado.

Por inverosímiles, por increíbles é inconcebibles que algunos pasajes parezcan, son tajadas del pan, del queso de la naturaleza y de la existencia.

No faltará quien pretenda ver retratos ó caricaturas de gente conocida en lo que no son sino personalizaciones vagas de vicios ó costumbres generales, encarnaciones y representaciones inconcretas de lo cómico y lo trágico cotidiano.

En el ánimo del autor no ha estado el desnudar, vilipendiar y crucificar á nadie. Menos todavía vengarse y ridiculizar á personas ó cosas con que la casualidad ó la fatalidad le ha puesto en contacto.

Todo lo que aquí se dice y se cuenta es objetivo, desapasionado, está exento de ardor militante y polemizante.

Aunque ahora los niños nacen ya con barbas y con más cánones y latines que un concilio ecuménico, no estará de más advertir que nadie debe escandalizarse de ciertas licencias literarias, de ciertas audacias de expresión que empuenquen estos prosas.

Jesús atado á la columna, aunque á ratos desbordante y tumultuoso, es moral, profundamente moral.

Ennoblecce, superioriza lo bajo. Al-

za del suelo á la miseria reptante. Glorifica el amor. Canta á la vida. Es un beso en los senos de la mujer, una gota de láudano en el dolor renovado y continuado del trabajo y la existencia.

El libro no es suave. Cuando lo empezaban á componer, me advirtieron los linotipistas que se les acababan las erres.

Esto significa que mi estilo, á pesar de los esfuerzos que hago por edulcorarlo, por atemperarlo á normas literarias más aladas, más muelles, es aún bronco, rudo, nudoso, ásperamente corticado.

¡Qué le vamos á hacer! El mal, por lo visto, no tiene remedio. Esta no es una obra de poder, sino de querer.

Allá van, pues, por los aires estas páginas, como bandadas de blancas palomas con el mensaje de mi salutación en el pico.

ANGEL SAMBLANCAT

Los pedidos de esta obra (cuyo precio no se marca) pueden hacerse á la Casa Editorial, Barcelona, calle de Aribau, números 175 al 179.

Cine clerical

A LA PROCESION

—¿Pero todavía está usted sin peinar y á medio vestir? Vamos, mujer, que ya van á dar las cuatro. Ea, mueva usted ese cuerpazo.

—H ja, si hace un calor...

—En la calle corre más fresco... Y eso que bulle de gente.

—¡Las apreturas que vamos á pasar! —En el balcón de la señá Romualda la veremos muy bien. Y nos darán horchata y barquillos.

—¿Horchata y barquillos? Tiene usted unos argumentos que es capaz de hacer bailar el tango á una ballena. Voy á alisarme estos pelcs.

—Dicen que van muchas niñas vestidas de ángeles y santos. A la Merceditas, la de la frutería del 9, la han vestido de San Juan, con su corderito y todo. Dicen que está para comérsela de mona.

—Sí, por lo bonita. ¡Si es más fea que un pecado! Con aquel hocico y aquellas narices... La verdad, esto de vestir así los niños en las procesiones me parece una mamarrachada.

—Vamor, ya salió aquello. ¿Los niños á las procesiones?

—Pues, hija, sí; creo que eso es una irreverencia, una especie de disfraz religioso, una cosa muy poco seria.

—Pues se hace en todas partes.

—Pues mal hecho. Las cosas de la religión están muy bien en el templo; pero no en la calle, pues sólo dan lugar á burlas, risas y sacrilegios. ¿Pero usted cree que la gente va allí por religión? Van á pasar el rato, á fisionear,

á lucirse y á criticar. Yo las suprimiría todas... Deme usted esas horquillas, que este maldito añadido no quiere estar si guro.

—Usted sí, porque es de la cáscara amarga, y le da rabia que la gente manifieste su religión. Pues las procesiones aumentan y sostienen la fe.

—¿Quién dice eso?

—E! señor Serafín.

—Es claro, como él tiene una cerea, aunque las hubiera todos los días.

—¿Tiene usted unas cosas!

—Deme usted la mantilla y el abanico que están en el primer cajón de la cómoda y vamos á ver ese desfile de cocos vestidos de ángeles. Si no fuera por la horchata y los barquillos de la señá Romualda ¡cualquiera me movía á mí de casa para ver la procesión!

—Sea por lo que sea, la cuestión es ir.

—Y hacer bulto y comparsa. ¿Es esa su religión?...

—Vamos, ande usted.

FRAY GERUNDIO

La torre de Babel

Y el origen de las lenguas

(DIALOGO)

PEPE. Dime, Juan: ¿Qué es lo que sabes de la torre de Babel?

JUAN. Que fué una torre ideada por el mismo Lucifer, y que en ella trabajaron cien mil hombres á la vez con pretensión de escalar el Cielo y poderlo ver.

PEPE. Pero según me han contado la dejaron en tropel cuando ya estaba muy alta y no me explico el por qué.

JUAN. Porque implicaba osadía mezclada con altivez querer escalar el Cielo para el Padre Eterno ver.

PEPE. ¿Y como el eterno Padre castigó su avilantez?

JUAN. Haciendo lo que al principio no se le ocurrió el hacer; y fué que aquellos obreros no se entendieran después, ordenando que unos pocos solo hablaran portugués; otros, latín ó italiano; muchos, ruso ó japonés; algunos, el español; los muy rubios el inglés; no pocos el alemán; los mas gruesos el francés; y el resto idiomas tan raros que no los recuerdo bien, y se armó una tremolina mucho más que en un burdel y de este modo el Señor consiguió en un Santiamén se desbandaran cual locos los obreros de Babel.

PEPE. Pero si cada sujeto tan sólo llegó á aprender

un idioma, al dispersarse, ¿cómo se iban á entender? y además estoy pensando que Dios con su gran saber no ignoraba que esos hombres, y esto no es insensatez, pasando de cierta altura tendrían que perecer por no poder respirar. Pues tienes razón, José, y ahora pienso que fué un cuento lo que cuentan de Babel pero... al que tiene creencias no le razones, pardiez, porque perderás el tiempo como dos y una son tres.

MANUEL CARCELES

Madrid 1925.

Tramoya descubierta

En un pueblo pequeño y aislado había cundido una indiferencia grande en materia religiosa.

El cura había tratado de meter en cintura á aquella gente, mas sus esfuerzos no obtuvieron éxito. Los escándalos y las peloteras estaban á la orden del día, y los feligreses no parecían por la iglesia.

Al fin un día, anunciando que tenía una cosa muy importante que comunicarle, consiguió el cura reunir la mayor parte del pueblo en el templo.

Entonces dijo á sus irreligiosos y turbulentos feligreses, que lo que tenía que anunciarles era que Dios estaba cansado ya de los muchos pecados que cometían, y que por última vez les anunciaba que, de no enmendarse, iba á caer sobre ellos tremendo castigo.

El anuncio no produjo efecto alguno, por lo cual el cura, con voz tremenda, dijo:

—¡Pues bien! Ya que no hacen caso de mi palabra, ¡caiga fuego del cielo sobre estos impíos!

Y, en efecto, por la alta linterna del templo empezó á caer fuego en grandes llamaradas.

Al ver esto la gente, aterrada, se echó por tierra confesando sus pecados y pidiendo perdón de sus culpas.

Pero el cura, cada vez más terrible, seguía diciendo:

—¡Caiga fuego del cielo sobre estos empedernidos pecadores, que no quisieron escuchar mi voz!

El terror de los feligreses iba en aumento, y el cura entusiasmado con su triunfo, exclamaba cada vez con más fuerza:

—¡Caiga fuego del cielo!... ¡Caiga fuego del cielo!...

—¡No pida usted más, que se me acaba la estopa!, dijo desde lo alto el sacristán.

No hay que decir lo que se armaría en el templo al enterarse el público de la tramoya.

El cura tuvo que salir corriendo para librarse de una merecida paliza.

MEDITACION Dios entre la policía

Las santas reliquias, los piadosos escapularios, las benditas medallas fueron siempre, son y serán los mejores preservativos para los peligros del alma y del cuerpo, pues apartan las tentaciones y auxilian a las más arriesgadas empresas.

Con pocas excepciones, hasta los bandidos llevan el pecho lleno de sacras baratijas. ¿Y hay nada más patético ni conmovedor que un creyente de esos, cuando después de sacar la bolsa y los intestinos a un prójimo, ó de jar seca de un par de trabucos a una pareja de la Guardia civil, desenvaina su escapulario, lo besa, da gracias a la Virgen por haberle sacado con bien, y corre a depositar una ofrenda de lo robado en cualquier ermita del camino?

Y ¡qué injusticia! Esos devotos son mal comprendidos; se fijan las gentes en sus debilidades, no en su fervor y sus cristianas prácticas; ven los cadáveres que dejan sobre las carreteras y tal ó cual cortijo incendiado, mas no se acercan a oírles rezar el rosario a la hora de la comida, ni los miran santiguarse cuando se despiertan para ir a su trabajo.

Hay más religión en ellos de lo que parece. Testigo, entre mil, la cuadrilla del *Bisco del Borje*, disuelta por la muerte de su católico y nunca bien llorado jefe. ¡Qué chicos aquellos! ¡Qué modelos de fervor y *recogimiento*! ¡Cómo que *recogían* cuanto les era dable!

Cuando mataron a aquel piadoso Frasco Antonio, teniente de la partida, sobre su pecho, que aún manaba sangre, se encontraron cuatro escapularios benditos. ¡Muerte santa digna de un justo!

La Guardia civil exterminó después al jefe de la errante cofradía del *Bisco*, y también murió como buen cristiano; con cuatro escapularios y tres medallas encima. Dios haya acogido compasivo sus almas en premio a su devoción.

Lo que no me explico es cómo tan útiles adinículos no los preservaron de la certera puntería de sus perseguidores, y por qué murieron como cualquier hereje a quien hiriesen a pecho descubierta en sitio mortal de necesidad.

Mas estos deben ser misterios impenetrables a la débil razón humana, y por tanto no debo intentar penetrarlos.

1890

JOSE NAKENS

El gobernador Civil de la provincia de Pontevedra ha multado en 750 pesetas al párroco de La Estrada, por un incidente surgido entre él y el delegado gubernativo con motivo de la provisión de la secretaría del Ayuntamiento.

Eran las diez de la noche, y un individuo se presenta al teniente de Sacramentos de la parroquia de San Millán.

—Vengo a avisar—dice—para que lleven ustedes el Viático a una señora enferma que vive en la calle de Toledo, 63, y a quien ha confesado un cura de esta parroquia. Creo que usted mismo.

—¿Trae usted acompañamiento?

—Y eso qué es?

—Siete personas que se necesitan para escoltar al Señor.

—¿Pero el Señor necesita escolta? En mi vida lo había oído. Creí que sólo la usaban las autoridades y los criminales que van de tránsito.

—Basta de comparaciones impias. Hacen falta siete personas por lo menos para acompañar el Viático.

—Y si la enferma no tuviese más conocidos que yo, ¿se negaría usted a ir?

—Indudablemente. El Santísimo debe salir decorosamente acompañado.

En vista de esto el demandante se dirige a la delegación de policía, donde tres inspectores y tres agentes se ofrecen a servirle.

Por fin, aunque a regañadientes, sale el cura de la iglesia en unión de los polizontes, llevando los utensilios de ritual.

¡Qué espectáculo más triste el de ver al Señor y al cura rodeados de policías! Pues ¡y los comentarios de la gente del *bronce*!

—¡Mira a Luna, a Ayuso y a Morales lo que se llevan por delante! ¡Un cura y un sacristán!—decía una chica de moralidad fugitiva a una compañera suya.—¿Qué se habrán comido?

—¿Ves tú lo que son las cosas, y cómo los curas también son hombres apesad de lo que dice EL MOTÍN? ¡Si lo sabré yo, que tenía en Salamanca un canónigo!

Es de lamentar que por la intolerancia de un cura tengan que ir los de la secreta custodiando a Dios, dando lugar a comentarios escabrosos de gentes irrespetuosas.

1890

JOSE NAKENS

Los curas del pueblo de San Juan (Alicante) se empeñaron en que este año fueran las mujeres a la procesión del Corpus con las mangas del vestido más largas que de costumbre y el cuello menos descubierta, y ellas acordaron quedarse en casa.

Esto privó a la procesión de su principal atractivo, y dió a los hombres un buen ejemplo de entereza y dignidad.

Un labrador llevaba el estandarte en una procesión de rogativa para que no se helaran las viñas. Al pasar por la suya tentó los sermientes, y viendo que ya estaban helados, tiró el estandarte y se marchó diciendo:

—Que lo lleve quien quiera, que a mí ya no hay procesión que me salve.

Bibliografía

Hemos recibido la obra de *Ciencias Físico-Químicas*, acabada de editar con gran esmero por el *Centro Editorial Minerva*, de Madrid, en la que se condensan en 320 páginas, de forma clara y precisa por su autor, el eminente científico D. Francisco de P. Millán, las nociones más indispensables para contestar cumplidamente cuanto con ellas se refiere al *Cuestionario Único de Oposiciones al Magisterio Nacional*, evitando así al opositor tener que hacer una labor de selección y recopilación de cuantos conocimientos se contienen en las diferentes obras didácticas que se encuentran publicadas, pues con verdadero acierto ha sabido su autor recoger de aquellas los distintos conceptos y explicaciones que mejor se adaptan al perfecto estudio de las mismas. Precio: ocho pesetas.

Amigos que han enviado cantidades para ayudar a EL MOTÍN

Teodorín, Madrid, 10 pesetas.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Barcelona.—Porfirio Ruiz, abonada su suscripción a fin Diciembre 1925.

Játiva.—Enrique Bodi, id. a fin Junio 1925.

Higuera de la Sierra.—Teodoro Rufo, id. a fin Diciembre 1925.

Alicante.—Francisco Bellido, idem a fin Julio 1926

Barcelona.—Juan B. Fornés, id. a fin Agosto 1926.

Ginestar.—Gervasio Guilarte, recibido su giro de 10 pesetas; va libro.

Bilbao.—Jesús Martínez, id. de 54'40; espero carta.

Sestao.—Isidro Izquierdo, id. de 31'80; conforme.

Alayor.—Rafael Juanico, id. de 10; conforme.

La Felguera.—Fernando Velasco, id. de 50; conforme.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de descuento.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.